

yonetas, ni el orden policiaco y prefascista de las "democracias", sino el orden proletario de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Las armas que hoy matan, destruyen y arruinan el mundo, convertiríanse en instrumentos de paz, abundancia y progreso, si los obreros alemanes e ingleses las volvieran contra sus propios gobiernos matarifes. ¡Esta es la única salida positiva que existe! Del triunfo de cualquiera de los bandos sólo puede esperarse una agravación de todas las calamidades y la preparación de otra guerra aun más feroz y aniquiladora.

Los gobernantes fascistas subieron al poder y os condujeron a la guerra, bajo el signo de la lucha contra el pacto de Versalles. Es verdad que los vencedores de 1918 realizaron una bárbara explotación con Alemania. ¡Pero qué hace la burguesía alemana con los países vencidos? Los destruye o los explota económicamente, según le conviene, y los tiraniza siempre, en condiciones que superan con mucho las del pacto de Versalles. El objeto de la guerra imperialista no puede ser más que ese; el vencedor pisotea y destruye al vencido. También es verdad que los mismos vencedores de 1918 maquinan ya el desmembramiento y la destrucción económica de Alemania; pero no lo es menos que los gobernantes fascistas urden lo mismo contra Inglaterra y los Estados Unidos. No es posible salir de ese círculo vicioso entre vencedores y vencidos, sin orientar la lucha en un sentido totalmente opuesto al de la guerra nacional. El argumento sobre el cerco económico, tan intensamente explotado por la burguesía alemana, no debe impresionar vuestra conciencia. En Inglaterra y los Estados Unidos, los grupos revolucionarios de la IV Internacional, sostienen un combate denodado contra su propio imperialismo, seguidos por la simpatía de las masas pobres. Los obreros y los campesinos ingleses y americanos, no consideran suya esta guerra y aumentan de día en día su resistencia a los capitalistas. Churchill ha admitido recientemente que el número de jornadas de trabajo perdidas en Inglaterra por conflictos con los obreros, está ya cerca del número total perdidas durante toda la otra guerra. Poned en esto vuestra confianza obreros alemanes, y seguid también el camino de la resistencia a vuestro imperialismo. Cuando los obreros expropien a todos los capitalistas, cesarán las explotaciones de una nación contra otra.

En realidad, la capacidad productiva del mundo es apenas suficiente para sacar a la humanidad de la barbarie y la esclavitud. Pero el sistema capitalista ha llegado al cénit de sus posibilidades. Si la revolución no triunfa, viviremos una época horribilísima de guerras, invasiones, deportaciones y degüellos en masa, empobrecimiento general, paro obrero, hambre continua y tiranía vesánica, todas las consecuencias, en fin, de los instintos desencadenados de una clase degenerada, pero no vencida.

Los stalinistas, socialdemócratas y anarquistas que apoyan al imperialismo, son en el fondo tan reaccionarios como la burguesía, aunque más peligrosos por su lenguaje pseudo-obrerista. Por el camino que ellos señalan se va al ocaso de la civilización; por el que indicamos nosotros, a la expropiación de la indus-

tria y de la banca; a la supresión de la explotación del hombre por el hombre, de las fronteras nacionales, de las diferencias de raza, de las de clase; a la industrialización del mundo, a los Estados Unidos Socialistas de Europa y de la Tierra; a la libertad en un grado jamás conocido hasta hoy. Esto piensan los obreros, esto las masas pobres; las voces de Churchill y Roosevelt, mienten al asegurar que los trabajadores están tras de sus planes de rapiña.

LA GUERRA CONTRA LA U. R. S. S.

Hitler había paseado sus legiones sobre Europa sin encontrar apenas resistencia. Ya hacía las cuentas de la lechera creyéndose un Alejandro superado. Pero en esta época, los Alejandro están al servicio del proletariado, no importa los asnos que se empeñen en parecersele. Lejos de haberle ganado la guerra a su rival imperialista, se encontraba apenas en los prolegómenos de la lucha principal, falta de carburantes, materias primas, municiones de boca, con que alimentar su máquina militar, y con que alimentar a vosotros, que la ponéis en marcha. El ataque a la U. R. S. S. tuvo esos objetivos inmediatos, si bien tiene otros mucho más vastos e importantes.

Caracterizado desde su origen por un antimarxismo que condensa y centuplica los intereses de la burguesía contra la clase obrera, el fascismo no podía haber abandonado su panacea fundamental, verdadera razón de su existencia, sino episódica y aparentemente. Su pacto de neutralidad y alianza económica con Stalin, le fué impuesto al primero por necesidades estratégicas y de abastecimiento, al segundo por miedo a los obreros y campesinos armados. Stalin favoreció a Hitler hasta ponerle en condiciones estratégicas ventajosas para atacar a la Unión Soviética y darle el petróleo necesario para ello. Lo que ha hecho Stalin no borra, sin embargo, el carácter diferente de la guerra germano-soviética, por relación a la germano-inglesa. En esta última, dos grupos de burgueses se disputan un puñado de millones; en aquella Hitler ataca a la primera revolución proletaria de la historia, el país donde la economía planificada y nacionalizada, ha expulsado y deshecho a la burguesía, demostrando en un ejemplo que el mundo entero ha de seguir, que el "sagrado derecho de propiedad" y el cometido social de los propietarios, son un mito y una rémora.

En uno de sus discursos durante los primeros días de la guerra, Hitler prometió vencer a las democracias del exterior por el mismo método con que venció a la democracia en Alemania. Cada uno de vosotros, proletarios y oprimidos, habéis presenciado ese método puesto en juego. Mediante la democracia, la burguesía se veía impotente para vencer a la clase obrera, el hitlerismo le ofreció la postración total, el aniquilamiento de las actividades revolucionarias, y la burguesía se le entregó jubilosa. Sólo después, pudieron vuestros capitalistas montar el ejército más potente de la historia militar. Con él atacó Hitler a sus rivales europeos, amonestándoles: "Someteos al capitalismo alemán o corred el riesgo de la revolución". Los Petain, Quinsling, Antonescu, etc., aceptaron el